

La innovación léxica en Quevedo

Pocos autores han tenido un dominio tan seguro y variado de la lengua como aquel genio travieso de don Francisco Quevedo, quien de ella supo extractar la extensa gama que va de lo más lúcido a lo anfibológico. Tanta confianza tuvo en el poder expresivo del castellano que le pareció aberración el enriquecimiento léxico a la sazón en boga. A ello se opuso atacando la “cultá latiniparla”¹ con todos los recursos de su fértil inventiva: aquí con irónico retintín, sugiriendo alambicados neologismos a las *ridicules précieuses* peninsulares; allá con burlescos remedos, riéndose de los abusos lexicográficos de sus rivales; acullá con regodeo creador, deleitándose en atacar con palabras sugestivas. Su postura es casi siempre zumbona, aun cuando recurra a las garambainas de documentos y fuentes para corroborar sus hallazgos referenciales. A modo de ejemplo, el que en el *Buscón* fijara la estrafalaria silueta del arbitrista, en otro escrito ilustra el término con el resultado de supuestas pesquisas bibliográficas: “En este nombre hay mucha diferencia en los manuscritos: en unos se lee *arbitristes*; en otros, *arbatristes*, y en los

¹ Francisco de Quevedo y Villegas, *Obras completas*. 2 vols., ed. Felicia Buendía (Madrid: Aguilar, 1958), I, 373. Las citas incorporadas en este trabajo están sacadas de esta edición de sus *OC*, con la indicación del tomo, la página y la columna (a, b). Se introducen pocas variantes en la acentuación, la puntuación y la letra de molde cambiándola a bastardilla o versalita.

más, *armachismes*” (I, 237 b). El despliegue erudito parece simple pretexto para insinuar las dos terminaciones (*-tristes*, *-chismes*), que son de cajón para tales ejemplares de la humana fauna.

Más festiva, aunque chabacana, es su investigación sobre salva sea la parte, en el clásico que debiera ser ensayo sobre las “gracias y desgracias” del ojo del *o-culum*. Aquí, tras mencionar los tres sinónimos aceptados de antífonas, nalgas y asentaderas, espulga dos variantes novedosas que se subrayan textualmente: “*Trancaïlo*, y no he podido ajustar por muchos libros que he revuelto para sacar la etimología; lo más que he hallado es que se ha decir *tancahigo*, por lo arrugado y pasado que siempre está” (I, 96 b). Vayan dos rótulos para los glosarios oficiales y oficiosos de la lengua.

En su humorada filológica, nuestro autor a veces esgrime la homofonía conceptista del término inventado por contraste grafémico con el vocablo existente. Es así como, al esbozar a un letrado de mucha labia y poca savia, adereza el novedoso epíteto de *hablativo* en consonancia con el tradicional caso ablativo:

Este es un caso hablativo
de quien no se debe hacer
caso, y a mi parecer
es ocaso en vocativo

(II, 487 b).

Siguiendo parecida relación fono-grafémica, propone que las culteras substituyan la vulgar interjección hola (“Hola Gómez, hola Sánchez”, I, 375 a) por el latinismo *unda*, hundiéndose en la tácita conexión entre hola-ola-onda-unda. En ese respecto, la casuística es copiosa; y como nuestro propósito es reseñar los recursos con que Quevedo acuña nuevas palabras, trataremos de poner cierto orden en un autor de suyo asimétrico analizando sus procedimientos en la derivación, composición, parasíntesis, tmesis, neologismo, onomástica y parodia.

Derivación.—Es el método corriente de añadir afijos a la raíz de palabras aceptadas que este escritor sigue con el fin de lograr matices o significados originales, excluyendo los morfemas

flexivos por no diferir de los paradigmas normales del sistema lingüístico. El trámite derivativo sigue dos vertientes:

(a) El primer caso, poco extenso, consiste en el uso de prefijos para formar nuevas palabras: prefijos que pueden reducirse a tres grupos de imitado alcance. Hay un primer grupo de carácter intensivo (*cachi-*, *proto-*, *sobre-*), del cual surgen especímenes típicos del dialecto literario de Quevedo: *cachimarido*, a la manera de cachidiablo; *protomiseria*, oportuno membrete para aquel pobre en el espíritu y el bolsillo que fue el licenciado Cabra; *sobrevirgo*, producto de celestinescas cirujías íntimas con que la madre del buscón restauraba resbaladizas doncellas (II, 574 b; I, 292 b, 306 a). Un segundo grupo de prefijos atenuantes (*entre-*, *mino-*) nos brinda un par de novedades léxicas: *entretrelargo*, adjetivo carente de particular vigor estilístico; *minoculo*, substantivo repleto de carga expresiva, aunque huele a híbrido por ser lo anterior (*mino*) de origen griego y lo/el posterior de origen latino (I, 94 b; II, 440 a). En tercer lugar, el prefijo *des-* produce unos derivados pintorescos: *desitinerar*, aplicado al dañino magisterio de los adversarios; *desgallo*, novedoso modo de referirse al capón entre culteras que tenían alergia a llamar el pan pan y el vino vino; *deshombrada*, otro eufemismo arreglado con el propósito de evitar la designación corriente de mujer o dueña (II, 441 a; I, 375 a, 376 a). Poco asombra que a Quevedo, machista a macha martillo, no se le haya ocurrido rebautizar a los varones con algo así como deshembras o deshembrados.

(b) Otro método derivativo es el de aglutinar sufijos tradicionales para lograr efectos estilísticos personales. Por ese camino, asoman varios morfemas significantes. En la derivación nominal figuran: *dinerismo* y *dineranos*, como si se tratara de un movimiento cismático con todos sus adeptos; *clamista*, más sonoro que cualquiera perifrasis equivalente; *disparatario*, con igual empaque que un repertorio autorizado; *ambulario*, muy sugestivo para indicar las malas andanzas del “hijo de un cornudo” y una “pelleja”; *cornudería*, designación ambiental y acaso epidemia social, de la cual se ha dicho que pocos mueren y muchos viven; *sosquinero*, apodo del pícaro que disfraza con el gesto su equívoca intención (I, 271 b, 374 ab; II, 322 a, 473 b, 637 b).

También la derivación adjetival tiene sus ejemplares originales: a veces en forma participial (*apesamado*, *narizado*, I, 376 b; II, 380 a), y otras en forma típica (*letrinal*, *babelón*, *metamorfosio*, I, 51 b; I, 362 a; II, 331 b). La derivación verbal contiene *jordanar* y *trampantojar*: “Jordáname estas navidades cóncavas” (I, 375 b); “Los ardidés suyos, / que nos trampantojan” (II, 339 b). Aparece también un sufijo adverbial trabado con un sustantivo, *cíclopemente* (II, 443 a).

Con los diminutivos, Quevedo juega al trasluz estableciendo relaciones aparentes para conseguir efectos latentes: ora nos advierte que perito “no es fruta” pese a su parecido con pera; ora caracteriza a un candidato pacienzudo por medio de un pseudo-diminutivo (“De su novio hará novillo”); ora se burla de los escritores diciendo que sus letras “se han convertido en letrinas”; ora censura las ambiciones de un purpurado achacándole hambre *mitrina*, que no canina (I, 373 a; II, 209 a, 444 a, 1.010 b). En lo referente a los aumentativos, no sólo usa derivaciones aparentes (“No cara, sino Carón”, II, 297 b), sino que convierte la expresión *noramala* en *noramaza* (I, 289 b) para subrayar lo vulgar del personaje con un morfema a trochemoche. El término “cerote” se reviste de cierta connotación que no aparece en el diccionario normativo ².

En algunos casos el sufijo quevedesco no sigue la norma lingüística, sino otra exigencia poética —la rima. La joven virgen del *putaco*, y no del refrendado *putaísmo*, forma rima consonante con *marisobaco*, otra primicia léxica elaborada por nuestro autor (II, 397 ab). En el soneto XII, alternan rimas en *-ache*, *-eche*, *-oche*, *-uche*, tras un cambalache moral con “los que saben decir aroga y zoche” (II, 435 b). ¿*Aroga* y *zoche*? En otro soneto con rimas en *-x* aparecen vocablos con la terminación in-

² De *cerote* apenas queda la noción de que es un aumentativo fosilizado de cera. Quevedo lo usa en el sentido castizo de mezcla de cera y pez para encerar los hilos de zapateros y libreros (II, 450 a); pero en las ya mencionadas “Gracias y desgracias” (I, 98 a) le da otro valor: “Y lo merece todo, porque también, sin ser abeja, [el culo] hace cera o cerote”. Con eso concuerda la acepción excrementicia corriente en algunas regiones hispanoamericanas: cf. Charles E. Kany, *American-Spanish Euphemisms* (Berkeley: University of California Press, 1960), págs. 156, 198.

tencionalmente modificada: algunos bien reconocibles, como *arrax* por arráez, o *armandix* por armadijo; otros mucho menos identificables, como *valax*³. Llevado por el gusto de deslindar morfemas de quita y pon, en ciertas oportunidades Quevedo implica una relación morfémica para alimentar su vis cómica. A una mujer que quiere pellizcarle el bolsillo le trueca la nacionalidad con el especioso parentesco de dinero-mosca-moscovita:

Siendo de la Andalucía,
moscovita te tornabas,
y eras araña que andabas
tras la pobre mosca mía
(II, 218 a).

Al tantas veces calumniado Góngora, además de tacharlo de depravado y borracho (“Sacerdote de Venus y de Baco”), le echa encima lo de tahúr tramposo relacionando sota con sotana: “La sotana traía / por sota, mas no por clerecía” (II, 443 a). En fin, su poder generador en materia de sufijos derivativos logra tener efectos pletóricos cuando yuxtapone vocablos corrientes con otros inventados, como *calvano* o *calvudo*:

Digo, señor, que hay calvos y calvanos,
calvinos y calvísimos calvudos,
calva Annás, calva Herodes, calva Judas
(II, 578 a).

2. *Composición*.—Sin adentrarnos en la problemática de composición propia e impropia, endocéntrica y exocéntrica, reconocemos que Quevedo alía más de un vocablo compuesto digno de sancionarse dentro del caudal de la lengua autorizada; v.gr., *chapinzanco*, prenda que eleva hasta a una mujer de baja inclinación; *libropoesía* y *poeticomenzar*, típicos de la jerga literaria; *vendepeines* y *catabatallas*, voces despectivas dirigidas a la flota de los franceses y a uno de sus decorativos jefes milita-

³ OC, II, 511 b. Un soneto rimado en -x con palabras adaptadas a la versificación aparece en Lope de Vega, según se reproduce en mi ensayo “Amor y humor en Lope de Vega”, en *Lope de Vega y los orígenes del teatro español* (Madrid, 1983), pág. 63.

res; *remifasol*, también amasado contra la cobardía de los franceses; *niega-yernos*, revelador de la actitud antimatrimonial de nuestro escritor; *sacabolsas* y *metedós*, relacionados con el quehacer de los pícaros (II, 382 a, 396 a, 446 a, 453 b, 454 ab, 550 a, 637 b). Añádase a los dichos la terna *mandapotros*, *dapocos*, *dapotros*, cuyo efecto conceptista se basa en la polisemia de potro (cuadrúpedo, amante, molestia) aplicada al refrán mandar potros y dar pocos, según aflora en la copla pertinente:

Digan niños y locos
que no eres mandapotros y dapocos;
antes, pues sin mandarlos das en echarlos,
te llamen la dapotros sin mandarlos

(II, 404 b).

Otro grupo de palabras compuestas se conforma al molde del genitivo somático, en que el primer término remata en *-i*, como *calvi-casada*, *cari-cuaresma*, *bolsicuerdo*, *hembrilatina* (II, 252 a, 372 a, 373 a; I, 373). Entre los compuestos de este tipo sobresalen dos en particular: uno es el membrete de *putidoncella* (II, 379 a), referido a las doncellas a tocatejas; el otro es el apodo de *homicacaco* dirigido contra el Dr. Pérez de Montalbán con el doble propósito de reírse de su baja estatura y de acusarlo de plagiarlo (caco), “porque se averiguó que aruñó una comedia entera a Villaizan” (I, 447 a). Si la burla se dirige a la poesía gongorina, cae de su peso que los términos compuestos inventados por nuestro autor se recarguen de hermetismo: “Cuando garcicopleas *Soledades*, / francigriegas latinas necedades” (II, 441 b), en que *garcicoplear* condensa la idea de componer coplas a la garci, o Garcilaso, y *francigriegar* la de empedrarlas con galicismo o helenismo, cuando no greguerías.

Siguiendo el método de la composición morfémica, Quevedo forma algunas calcomanías léxicas pintorescas. Algunas emergen como eco de un vocablo explícitamente mencionado: *puntadedos*, al lado de *puntapiés* (I, 446 a), y *muchicuerno*, tras su mitológico prototipo: “Lo que va de unicornios / a ser otros muchicuernos” (II, 249 b). Otras calcomanías aparecen como abscisas de unas coordenadas sobrentendidas: por ejemplo, *cornicantano*, *jerihabla*, *plusquamculto*, *quintacuerna*, *triuncuerno*, *gerigóngora*

(I, 91 a, 374 a, 375 b; II, 373 a, 433 a, 443 a), obviamente amoldados sobre misacantano, jerigonza, pluscuamperfecto, quintaesencia y triunvirato.

Una variante de este recurso morfogenético es la haplogía, esto es, una *contaminatio* verbal por la cual el comienzo de una palabra se funde con el final de otra para engendrar un nuevo significante. Aludiendo a Isabel de Inglaterra, la llamada reina virgen, amalgama a la Pulcelle d'Orléans con la castiza doncella y sale con *poncella* (I, 264 b). Acaso *hiezcoso* (II, 433 b) resulte de la fusión o confusión de hiede-hez-coso. Burla burlando, en uno de sus poemas humorísticos emburuja la "calva" de un novio medio carcamal con el "osario" de su enjuta esposa y, tras la amalgama haplológica, saca la conclusión de que entre ellos "si el matrimonio es cruz, serán Calvario"⁴.

3. *Parasíntesis*.—Es el tercer método tradicional de formar nuevos morfemas y sigue aún manteniéndose en la reciente y radicalmente renovada gramática oficial⁵. Su resultado —un término cuyo radical no existe en forma libre— ocurre con poca frecuencia en la práctica de la lengua. De Quevedo huelga mencionar dos ejemplos originales. Uno es *encaballerado* (II, 532 b), referido al anhelo de tener la insignia de Santiago en el padre de una aventurera que había subido todos los peldaños del escalafón social a fuerza de abrir las piernas; el otro es *desengongorar*, en el sentido de purificar una habitación contaminada por el vaho gongorino quemando "pastillas Garcilasos" (II, 442 b).

4. *Mitosis morfémica*.—La bisección es una licencia poética poco frecuente —la tmesis— por la cual se divide una palabra entre dos versos para ajustarla al patrón métrico escogido. Quevedo, por lo común, la emplea dentro del mismo verso para crear efectos conceptistas y no nuevos morfemas significantes. Con eso

⁴ OC, II, 478 a. El efecto risueño de *calva* + *osario* = *Calvario* se pierde en los compuestos onomásticos; v.gr., el "padre Sinosabes"; el conde de "Sin-arcas, Sin-blancas, Sin-negras"; las dos personificaciones de la intriga palaciega, "Tira-la-piedra, Esconde-la-mano"; y "Majalahonda", el pueblo del autor del *librillo* a las once mil vírgenes con cincuenta octavas para cada una (II, 481 b, 567 a; I, 808 ab, 310 a).

⁵ Real Academia Española, *Esbozo de una nueva gramática de la lengua española* (Madrid: Espasa-Calpe, 1973), pág. 170.

añade más agilidad a su estilo. Con un simple guión despierta una serie de alusiones intensificantes en la acusación de sodomía contra Góngora: “Sicili-ano; per-versos; piá-culo” (II, 440 ab). A veces se concentra en una palabra que, sin ser compuesta, consta de fragmentos significantes: v.gr., Andalucía (“Sin zapatos ANDA, si un tiempo LUCIA”, II, 455 a); o el censor Niseno, quien lleva dentro de sus entrañas silábicas la cifra de su incompetencia —ni sé, no (I, 451 b). En otro caso, el autor destaca la fórmula culterana recetando ana de ambos componentes: “La jeri (aprenderá) gonza siguiente” (I, 362 a). Y añade, a propósito del sexto sacramento, que no es una unión inquebrantable, pues “empieza en *matri* y en el *monio* acaba”, con tmesis que sugiere por el eco de una rima sobretendida lo de monio, demonio ⁶.

5. *Neologismo*.—Casi siempre en son de mofa hacia la otra escuela del barroco español, Quevedo adapta y adopta nuevas palabras sacándolas de varias fuentes; a saber:

(a) Hay términos transplantados de otras lenguas. Sin contar las copiosas citas latinas, aparecen injertos del mismo tronco dentro de su habla literaria, como *mus* (ratón), *circuncirca* (cerca), *os* (boca), *tus* (incienso) y *quiditativo* (II, 440-41; I, 375 a). Italianismos son *beco* y *poliche*, uno de *becco* (chivo) y el otro de Pulcinella (polichi-nela): “Lleva beca y deja beco”; “guiñarol, poliche y maco” (II, 210 a, 637 b). *Monsiur* y *monsur* son galicismos convencionales (I, 255 a, 889 b);

(b) Otras novedades léxicas son del tipo imitativo. O porque siguen una estructura ya existente, como “*putenor pare*” (I, 201 b), reproducida como antífona del “coco, mamá” del *Lazarillo*; o porque tienen un valor onomatopéyico, como por ej., “*urruá, urruá*” (II, 210 a) y el *gua gua* de los dos niños de un

⁶ *OC*, II, 576 b. La actitud misógina y antimatrimonial es endémica en la obra quevedesca. Para un vistazo comprensivo, véase Amédée Mas, *La caricature de la femme, du mariage et de l'amour dans Quevedo* (París: Ediciones Hispanoamericanas, 1957). Solterón vocacional, Quevedo se casó a los cincuenta y cuatro años y se separó después de tres meses: cf. Donald W. Bleznick, *Quevedo* (Nueva York: Twayne Publishers, 1972), págs. 36-37; Ángel González, “La novia de Quevedo”, *RABM*, XV (1946), 54.

entremés quevedesco, con el *guagar* subsiguiente (“No me guagüéis”, II, 591 ab). Otros términos imitados se deducen del contexto —*magista* o *mohén* (I, 374 b; II, 440 a);

(c) A veces los nuevos vocablos son el resultado de un proceso homeopático, por el cual se trata de curar el achaque culterano con un remedio parecido. Tómese, a modo de ejemplo, el soneto fecho al gongórico modo, “Sulquivagante pretemor de Estolo” (II, 440 b). *Sulquivagante* y *pretemor* son comprensibles, lo mismo que el alquitarado *aliundo* que ocurre a continuación; en cambio, el verso “Surculus slabros de teretes piscas” ya sueña a jitanjáfora;

(d) Hay casos en que los nuevos términos tienen sabor callejero. En una reseña de los figurones parasitarios de su época, Quevedo define las varias clases de fulleros y rufianes e incluye entre ellos a los *pajotes*, designación novedosa de “administradores y amparo de las mujeres públicas” (I, 53 b). Su amparo consistía, con frecuencia, en perseguir a los que se aprovechaban de las rameras; y éstas, agradecidas, ofrecían recompensas sin saber que perseguido y perseguidor iban a una en la ganancia. En los poemas burlescos aparecen varias lisuras (disfemismos, en jerga lingüística) que afean o/y embellecen el contexto, según se los mire con ojos mercenarios o mercedarios. Por lo común, se trata de términos sancionados, pues lo obsceno no está en la palabra, sino en la intención. A ese tipo de vocablos pertenece la palabrota *pija*, acaso diminutivo prerromance de la pica anatómica, no de la patológica, cuyo origen onomatopéyico no niega necesariamente una normal evolución diacrónica⁷. Al celebrar el amor gratuito, afirma el poeta que para ese fin toda hembra viene

⁷ El étimo onomatopéyico (*piš*, ruido de la micción) lo sugiere J. Corominas, *Diccionario crítico etimológico de la lengua castellana* (Berna: Francke, 1954), III, 785, en la voz *pijota*. A modo de hipótesis, se sugiere una normal evolución diacrónica de *pica*, dim. **picula/picla/pija*, relacionándola con los primitivos términos *picc* y *piculum*, para los cuales véase Vicente García de Diego, *Diccionario etimológico español e hispánico* (Madrid: Editorial S. A. E. T. A., 1954), pág. 904. Ese término aparece en uno de los menos recatados poemas de Villasandino, *Cancionero de Juan Alfonso de Baena*, ed. J. M. Azáceta (Madrid: C. S. I. C., 1966), I, 210: “Señora hermosa e rrica, / yo querrya rrecalcar / en esse vuestro aluanar / mi *pixa* quier grande o chica”.

al caso (“Que no es mi pija libro del Becerro, / ni muda el coño por el don visaje”, II, 433 b). En otras palabras, el miembro viril no tiene nada que ver con el libro de becerro, antiguo inventario eclesiástico, que en este caso ha de entenderse como manual de etiqueta que distingue entre mujeres de cierta clase y cierta clase de mujeres. La palabra en cuestión reaparece al lado de su sinónimo en otro soneto sicalíptico:

Las putas cotorreras y zarrapas,
alquitaras de pijas y carajos,
habiendo culeado los dos mapas,
engarzadas en cueros y andrajos,
cansadas de quitar salud y capas
llenaron esta boda de zancajos

(II, 436 a).

6. *Onomástica*.—El nombre propio, tanto el toponímico como el patronímico, es un morfema especializado que atañe más al acervo enciclopédico que al caudal léxico de la lengua. De la pluma de Quevedo han salido los apellidos más sugestivos del español. Damas primero, y se asoma el borroso perfil de una solitaria dueña, sin padre ni mal de madre siquiera, “Doña Oromasia de Brinbronque” (II, 575 a). Más notorio es el hidalgo remendón con quien se inicia Pablo de Segovia a la vida cortesana y carcelaria: “Don Toribio Rodríguez Vallejo Gómez de Ampuero y Jordán. No se vio jamás nombre tan campanudo, porque acababa en dan y empezaba en don, como son de bada-jo” (I, 320 a).

Con el propósito de recargar de alusiones el tópico a mano, a veces viene al caso un apellido que tenga parentesco etimológico, como el acabronado “don Cabrera” (II, 433 a) o las melindrosas culteranas identificadas con apodos proféticos: “Más *merlincocayca* que Merlín”; “Musas *merlincocayas* bisagüelas” (I, 373 a; II, 442 a). A un caballere te predestinado “para ser cornudo” lo casa sacramentalmente el reverendo Cornejo, celebrante del apellido simbólico:

El cura, que es Cornejo, escribe el nombre
con tintero de cuerno, y él le ha dado
un cornado, que es todo lo que pudo

(II, 434 b).

En su divertida heurística, Quevedo saca a lucir ciertos nombres corrientes y los dota de antonomasias específicas. Nótese cómo, derramando eufemismos, a una erudita a la violeta le echa “mil Tucídides” como bendiciones antifrásticas (I, 373 b); a los sastres, no los del campillo, los zahiere por sus pequeños latrocinios con una ambigüedad patronímica: “Hurtados no de Mendoza, / hurtados sí de tijeras” (II, 361 b). Aun la descripción de un ebrio tabernario se matiza con una serie de alusiones antonomásticas:

Luego que tanto puto *monopodio*
hizo de mí fortuna tan picaña,
pasquín tiene conmigo grande saña
y todo soy preguntas de *marfodios*
(II, 434 a).

En uno de los ataques contra Góngora, lo tacha de maricón y lo apercibe a que no se halle en punto de muerte rodeado de *coridones* en vez de rezar versículos penitenciales (II, 441 b). Coridón, el frustrado pastor homosexual de la segunda bucólica virgiliana, se convierte ahora en bufarrón por antonomasia. Hay otros apodos sugestivos que acentúan un rasgo bien físico o caracterológico: “Licenciado Vigilia” dibuja con brochazo esperpéntico al Dómine Cabra; “doña Jarabe” y “doña Espátula” aluden a una dama toda afeites; “doña Embudo” sincroniza con la silueta de una mujer puntiaguda; “don Tal Despensas y Cocinas” pinta al tragantón tumbaollas (I, 195 b; II, 367 b, 380 b, 392 b). No faltan casos en que la burla apelativa se vuelve agria. Es parte del temperamento de nuestro autor. Al dramaturgo Juan Ruiz de Alarcón le echa en cara, con hiriente mueca hacia su deformidad física, el haberse ensanchado el apellido familiar: “Ayer se llamaba Juan Ruiz; añadiósele el Alarcón, y ahora ajusta el Mendoza, que otros leen *Mendacio* ... Y adviértase que la D no es don, sino su medio retrato”. La letra mayúscula ilustra gráficamente la joroba delantera; a la trasera se la destaca con el apodo de “don Talegas”, imagen de un saco repleto llevado a cuestras; y con lo de “don Tal Tolondrones, de paréntesis formado” se remata cruelmente la caricatura del desdichado “Corcovilla” de la doble giba (I, 355 b; II, 436 a, 437 a). Asimismo

en uno de los tantos ataques contra Góngora, se vuelve a su vicio de los naipes con un epitafio anticipado, como si ya muerto en Barajas y enterrado en las Pintas, siendo pinta la engañosa señal con que los tahures marcan las cartas. Textualmente:

Yace aquí el capellán del rey de bastos,
que en Córdoba nació, murió en Barajas,
y en las Pintas le dieron sepultura

(II, 441 a).

Al mismo le asesta otra estocada con el disonante apodo de “Matus Gongorra” (II, 441 b), cuyo contrapunto bíblico no se basa tanto en la correlación Matus-Matusalén como en la alusión implícita del binomio Góngora-Gomorra. En una sátira contra el Dr. de Montalbán se le enmienda el apellido en “Montalbanco” (I, 451 b), con la soslayada intención de impugnar su honradez. Para acabar con esos cambios grafémicos, nótese lo genérico de su flechazo cuando el escarmentado personaje quevedesco alude al dinero (mosca) u otra entidad anatómica: “Si escribe Mira de Mosca, / si escribe Lope de Vergas” (II, 567 b).

7. *Parodia*.—En sus escritos crítico-literarios, Quevedo demuestra el singular don de disectar y desmenuzar trozo a trozo las obras de sus adversarios. Cuando se torna agresivo, no es bueno tenerlo como enemigo. La polémica lo fascina, electriza, abrasa⁸. En ese clima interior es fácil el tránsito del rivalismo a la hostilidad. La competición se convierte en lidia; la palabra, en arma. Y esa arma, él la maneja con asustadora destreza para difamar e infamar dejando que su musa se empantane en cenagales de genuina animadversión⁹.

Pero si deja la polémica por la parodia, hasta el exceso ter-

⁸ Véanse, entre los demás, los siguientes ensayos de Quevedo: “Comento contra las setenta y tres estancias”; la “Respuesta” al Padre Pineda, y la “Perinola” contra el Dr. Juan Pérez de Montalbán (*OC*, I, 354-62, 377-99, 446-58).

⁹ Para formar una idea de las invectivas de Quevedo, léanse los poemas contra Góngora, con ataques de pésimo gusto e intensa pasión, como: “Este, en quien hoy los pedos son sirenas, / éste es el culo, en Góngora y en culto, / que un bujarrón le conociera apenas”; “Caca en los versos y en garito Caco”; “Almorranas eres de Apolo”, etc. (II, 440 a, 443 a, 446 b).

mina de ser una lacra, pues logra con gracejo lo que malogra con invectivas. La burla corre ligera aun cuando se la felpe de esotéricas creaciones que poco significan y mucho (muchísimo) insinúan, con toda su retahila de “*tórligos, mórligos, tirigimorlos, chinchurrimallos, turigurigallos*” (I, 447 b). Más extrema el remedo y más agrada. En un soneto digno de reproducirse, ridiculiza el glosario gongorino embutido de “vorágines, triclinios, promptuarios, trámites”; pero lo irónico es que esos términos se han incorporado en el caudal de la lengua, mientras que el ingenioso galimatías con que Quevedo los pone en cantaleta ha tenido el destino de cualquier otra parodia —divertir sin convertir. Escuchémoslo aun cuando no lo sintamos:

¿Socio otra vez? ¡Oh tú, que desbudelas
del toraz veternoso inanidades,
y, en parangón de tus sideridades,
equilibras tus pullas paralelas!

Por Atropos te abjuro que te duelas
de tus vertiginosas vacuidades,
que se gratulan neotericidades
y craticulan sentas bisagüelas.

Merlicocaizando nos fatiscas
vorágines, triclinios, promptuarios,
trámites, vacilantes icareas.

De lo ambágico y pónico troquiscas
fuliginosos vórtices y varios,
y, atento a que unificas, labrusqueas

(II, 440 a).

Un fugaz recuento de vocablos novedosos nos enfrenta a dos calificativos (*veternoso, ambágico*), tres sustantivos (*toraz, sideridad, neotericidad*), seis verbos (*desbudelar, craticular, merlicocaizar, fatiscar, traquiscar, labrusquear*). Por árido que sea, el dato estadístico anuncia, no denuncia. Por eso queremos indicar el recuento de las novedades léxicas en otro soneto paródico de nuestro autor, quien nos regala con un calificativo (*viscerable*), siete sustantivos (*crepusculalla, garcibolalla, inquiridión, forasteidad, numia, estomacabundancia, arcadumia*), y seis verbos (*reptilizar, subterponer, microcosmar, desitinerar, ructar, farmacofolorar*). Leámoslos en su contexto:

¿Qué captas nocturnal en tus canciones,
Góngora bobo, con crepusculallas,
si cuando anhelas más garcibolallas
las reptilizas más y subterpones?

Microcosmote Dios de inquiridiones
y quiere te investigue por medallas
como priscos, estigmas o antiguallas,
por desitinerar vastes tirones.

Tu forasteidad es tan eximia,
que te ha de detractar el que te rumia,
pues ructas viscerable cacoquimia.

Farmacofolorando como numia,
si estomacabundancia das tan nimia,
metamorfoseando el arcadumia

(II, 441 a).

En tamaña trifulca de engendros léxicos, no todo es niebla o tiniebla. Se columbra más de lo que se ve, pues es obvio que nuestro autor sabe reproducir la técnica externa de su antagonista, pero no el refinado noúmeno de su arte. *Et de hoc satis*¹⁰.

El acopio anterior señala vástagos léxicos que, pese al marbete de *hápax* o *próteron legómenon* para muchos de ellos, algún día han de figurar en el tardígrado diccionario histórico de la Academia. Sea cual fuere su destino académico, se trata de términos que inyectan matices significantes o brío humorístico en la obra del corifeo conceptista: por lo tanto, se incorporan en la dinámica del proceso diacrónico que afina, día tras día, el enlace entre el poder de idear y los recursos para expresar. Con toda su enconada hostilidad por la palingenesia verbal de sus enemigos literarios, Quevedo ha contribuido más que ellos al enriquecimiento de la lengua, pero a su modo. Y eso cuadra con su oblicuo genio, que de ordinario imprime un fin coherente aun en los medios más contradictorios.

CARMELO GARIANO.

¹⁰ Para más detalles sobre el aporte de neologismos y formas paródicas, véase Emilio Alarcos García, "Quevedo y la parodia idiomática", *Archivum*, V (1955), 3-38.